

Las ciudades mundiales, ciudades del sistema mundial

ROBERT FOSSAERT*

Resumen: *El Grupo y Red de Investigaciones sobre ciudades mundiales y globalización (GaWC) ha logrado identificar y clasificar jerárquicamente, según parámetros indirectos, la red de "ciudades mundiales" que constituye la armadura de la globalización. Aunque sería deseable caracterizar las ciudades mundiales a partir de parámetros más directos, por lo pronto resulta útil redistribuir la red de ciudades mundiales por regiones o zonas que constituyen otros tantos "subsistemas mundiales". Otra posible ampliación de la investigación podría consistir en desbordar la dimensión puramente económica para tomar también en cuenta la dimensión política y, sobre todo, la dimensión ideológica.*

Abstract: *The Globalization and World Cities Research Group and Network (GaWC) has identified the network of "world cities" that constitute the network of globalization, and arrange them hierarchically on the basis of indirect parameters. Although world cities should ideally be characterized on the basis of more direct parameters, for the moment it is useful to redistribute the network of world cities by regions or zones that constitute other "world subsystems." Another possible extension of research would be to go beyond the purely economic aspect to include political and above all ideological aspects.*

Palabras clave: mundialización, globalización, ciudades mundiales, metropolizaciones, redes metropolitanas mundiales, hegemonías mundiales, modernidades.

Key words: globalization, world cities, metropolitanization, world metropolitan networks, world hegemonies, modernity.

DESDE LAS INMEDIACIONES DE BIRMINGHAM, ciudad tan conocida en la gran época del imperio británico como sus parientes Manchester y Liverpool —y tan perjudicada como éstas cuando el sistema mundial cambió de eje en el siglo XX—, nos llega hoy un estimulante estudio sobre las *ciudades mundiales*, es decir, sobre las ciudades que desempeñan el papel de motor en el actual sistema mundial. Estas investigaciones se desarrollan bajo la dirección del Globalization and World Cities Research Group and Network (GaWC), es decir, por el Grupo y Red de Investigaciones sobre Ciudades Mundiales y Globalización, el cual publica un boletín electrónico donde se dan a conocer los resultados de sus trabajos sin esperar su publicación en alguna revista.¹ El Departamento de Geografía de la Universidad de Loughborough —ciudad

* Dirigir correspondencia a 1 rue de la République, 78470 Saint Rémy les Chevreuse, France; tel.: 01-30-47-29-57; e-mail: robert.fossaert@wanadoo.fr.

¹ La dirección electrónica del GaWC es como sigue: <http://www.lboro.ac.uk/departments/gy/research/gawc/html>.

situada 150 km al nordeste de Birmingham— es el pilar de esta empresa a la que se han sumado participantes de otras universidades y de diferentes disciplinas. Entre los jefes de fila figuran particularmente los profesores J. V. Beaverstok, D. R. F. Walker y P. J. Taylor. Sin embargo, me referiré aquí exclusivamente a este último para simplificar las cosas, pero también para tomar en cuenta sus trabajos personales que me parecen sumamente importantes, como se podrá ver más adelante.²

LA RED DE CIUDADES MUNDIALES

Taylor y todo el equipo del GaWC se inspiran en las observaciones de Castells sobre los servicios avanzados de los que las sociedades en vía de informatización rápida extraen gran parte de sus recursos.³ Detectando las ciudades de donde provienen tales servicios, observando los vínculos internacionales permanentes que las empresas que los producen mantienen de ciudad en ciudad —con todo su cortejo de filiales y de alianzas— y descifrando las diversas variantes de las redes así formadas, el GaWC pone de manifiesto el funcionamiento de las ciudades cuya actividad alimenta al sistema mundial y que ofrecen los servicios más avanzados a los centros de producción y de intercambio.

Los servicios considerados como puntos de referencia fueron seleccionados por aproximaciones sucesivas. En un primer momento, el objetivo se centró en la exploración de la prensa de las grandes ciudades y en la recopilación de las direcciones del personal de las grandes empresas. Los periódicos ricos en información sobre negocios (*business information*) fueron escrutados para obtener datos de las ciudades lejanas acerca de las cuales informaban con mayor frecuencia a sus lectores locales. Por lo demás, también se tomó en cuenta a los migrantes altamente calificados, por más que su movimiento fuera difícil de medir dado que la prensa especializada y los archivos de las direcciones de relaciones humanas, que constituyen las únicas fuentes disponibles a este respecto, son de acceso delicado, particularmente cuando se refieren a migrantes. En cambio, fueron deliberadamente ignorados ciertos servicios internacionales de gran importancia que, como los vuelos aéreos, mezclan sin discriminación posible consumos banales (*v.g.* turismo y viajes de particulares) con prestaciones de servicios indispensables a las empresas de vocación mundial. En suma, se consideró que el hecho de tomarlos en cuenta hubiera sido un procedimiento demasiado cualitativo como para fijar una imagen periódicamente mensurable de las ciudades mundiales y discernir las redes que éstas establecen.

² Una abundante bibliografía —aunque frecuentemente limitada, por desgracia, al universo anglosajón— acompaña los trabajos hasta hoy publicados en el *Boletín del GaWC*. Tres autores aparecen frecuentemente: M. Castells, *The Rise of the Network Society*, Oxford, Blackwell, 1996 (edición española: *La era de la información. La sociedad red*, vol. 1, Siglo XXI Editores, México, 2000); J. Friedmann, "The world city hypothesis", *Development and Change*, núm. 17, 1995; y S. Sassen, *The Global City*, Princeton University Press, 1991, y *Cities in a World Economy*, Pine Forge Press, Londres, 1994.

³ Castells, *op. cit.*, tomo 1, cap. VI.

La atención se centró, entonces, en cuatro categorías de servicios muy frecuentemente solicitados por las firmas multinacionales y de cuya producción se hacen cargo empresas que han exhibido deliberadamente sus redes de filiales y su participación en todas las ciudades donde su clientela desea encontrarlas. La contabilidad (y la auditoría), la publicidad, las finanzas (incluidos los bancos) y los seguros se convirtieron de este modo en puntos de referencia centrales y, como era de esperarse, el derecho comercial, fiscal, financiero, etc., están plenamente representados con sus diferentes ramas.

En resumen, dentro de estas diversas categorías se logró adaptar un saber especializado y útil para las firmas-clientes en contextos jurídicos, fiscales e incluso culturales muy variados, lo que constituye precisamente una de las demandas esenciales de las empresas en vía de mundialización.

Fueron retenidas finalmente, como muestra representativa, 46 empresas productoras de estos servicios avanzados, presentes en 1997-1998 en 55 ciudades mundiales, a partir de una selección inicial de 263 empresas en 142 ciudades. La decantación fue realizada eliminando las empresas que no disponían de agencias en por lo menos 15 ciudades, con lo cual la matriz de las conexiones potenciales se limitó a 46 (empresas) por 55 (ciudades), es decir, a 2 530 posiciones, gracias a las cuales las redes dirigidas por los productores de servicios avanzados y las redes de interconexión de ciudades se tornan mensurables por medio de cálculos justificados por la teoría estadística. Aun cuando por razones de brevedad pasé por alto estas investigaciones —cuyo detalle puede encontrarse en el *Boletín del GaWC*— señalaré que los servicios retenidos son evidentemente heteróclitos, de suerte que sus combinaciones no pueden corresponder a un marco cuya coherencia formal sería comparable a la de una contabilidad económica nacional o internacional. Sin embargo, nos encontramos aquí en un ámbito análogo a aquel donde el PNUD⁴ ha compuesto sus *Índices de desarrollo humano*⁵ que someten los *Índices de los PIB nacionales*⁶ a un cuestionamiento sumamente útil. *Mutatis mutandis*, el GaWC ha operado de la misma manera, detallando de etapa en etapa en su *Boletín* la metodología empleada, sin esconder sus dudas y sus ocasionales arrepentimientos. Por consiguiente, sus resultados están fundamentados en la medida en que los datos disponibles y las técnicas estadísticas empleadas lo permiten. En su conjunto —todavía provisoriamente, ya que se trata de una investigación en curso— permite tipificar las diferentes redes de prestatarios de servicios avanzados y jerarquizar las ciudades con vocación más o menos mundial observadas en 1997-1998.

Como se trata de prestatarios de servicios, el GaWC detalla diferentes modelos. Así, por ejemplo, las firmas jurídicas americanas tienen como estrategia mantener una agencia de *lobbying* en Washington y una antena financiera en Nueva York, mientras

⁴ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

⁵ La justificación de tales métodos de agregación ha sido detallada —para propósitos completamente diferentes a los nuestros— por Amartya Sen, en *On Economic Inequality*, Oxford y Nueva York, 1973, y en *Inequality Revisited*, Oxford, 1992.

⁶ El PIB o producto interno bruto evalúa la producción anual neta de un país determinado.

que su filial londinense es el centro desde donde irradian sus actividades internacionales. A la inversa, las firmas jurídicas británicas concentran su atención sobre las ciudades europeas y sobre las plazas financieras de Tokio y Singapur, mientras que sus agencias americanas son escasas. Un último ejemplo: las firmas publicitarias se interesan en numerosos segmentos del mercado en Europa, pero raramente llegan a competir con sus rivales americanas y japonesas en sus propios terrenos.

En cuanto a la jerarquía de las ciudades mundiales, ha sido ordenada conforme a un criterio simple. Los productores de las cuatro ramas de servicios evocadas más arriba se ordenan en tres clases, de acuerdo con su talla global. A la clase principal se le asigna el valor de 3, de suerte que una ciudad donde las cuatro ramas están representadas por empresas de esta clase alcanza una puntuación de 12, como ocurre, por ejemplo, con París. De la misma manera, una ciudad donde dos ramas de servicios están representadas por empresas de primera clase y otras dos por prestatarios de clase media (valor 2), recibe, en total, una puntuación de 10, como ocurre, por ejemplo, con Francfort. Y así sucesivamente, hasta llegar a ciudades donde las cuatro ramas de servicios sólo están representadas por empresas de la última clase (valor 1), lo que da por resultado una puntuación de 4, como ocurre (en 1997-1998) con Berlín, Hamburgo y Shanghai. Por debajo de una puntuación de 4, no se considera que una ciudad haya alcanzado todavía un nivel suficiente de influencia mundial, lo cual ocurre, entre otras, con Birmingham o Rotterdam (!).

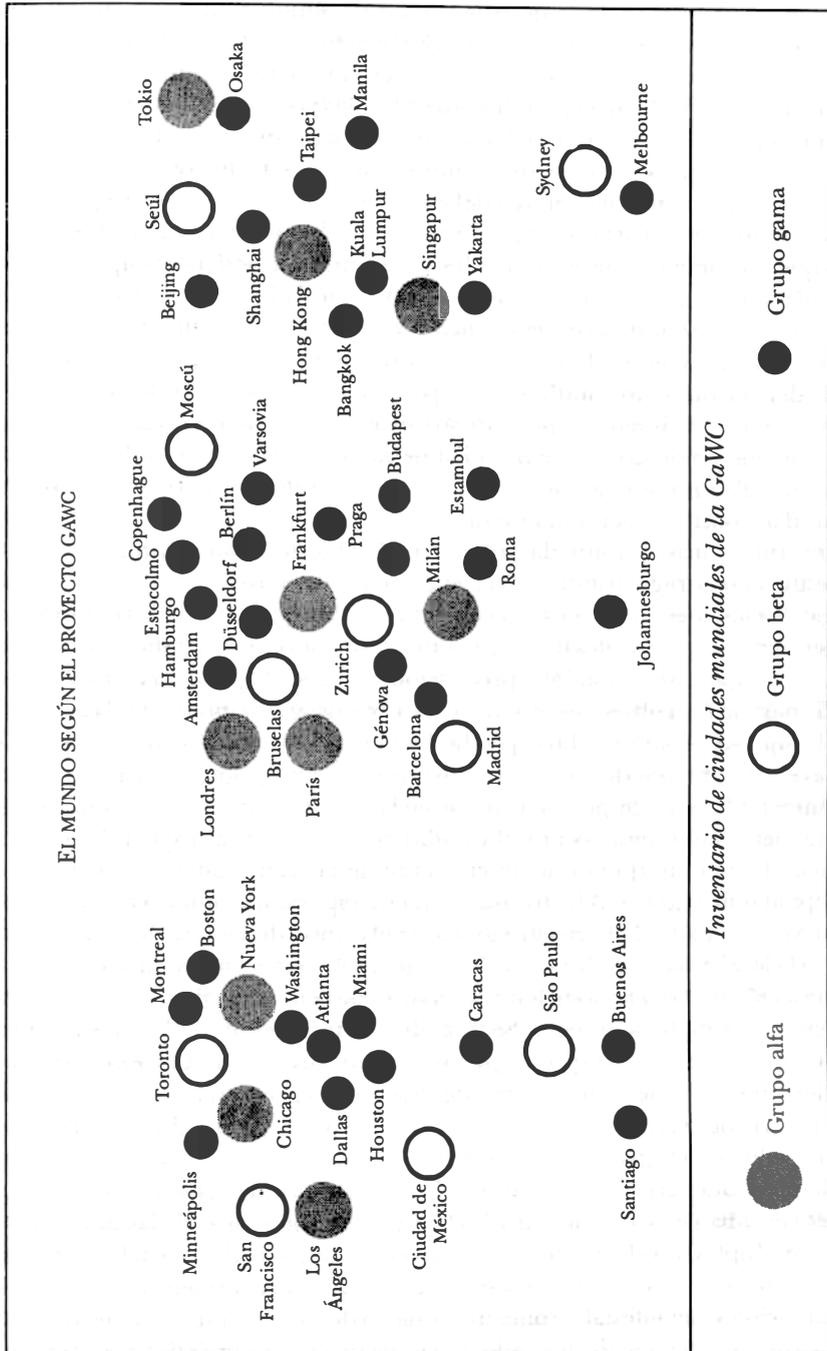
Las ciudades mundiales son distribuidas en tres grupos en función del puntaje así calculado. Al grupo Alfa le corresponden los puntajes comprendidos entre 12 y 10, mientras que en el grupo Gamma, que es el último, los puntajes se sitúan entre 6 y 4. Figuran, por lo tanto, en el grupo Alfa las ciudades mundiales anteriormente llamadas de pleno ejercicio: Londres, Nueva York, París y Tokio, seguidas muy de cerca por Chicago, Francfort, Hong-Kong, Los Ángeles, Milán y Singapur. La categoría siguiente o grupo Beta —alguna vez designada como la de las *major world cities*— está encabezada por San Francisco, Sydney, Toronto y Zurich (puntaje: 9), seguidas por Bruselas, Madrid, México y São Paulo (puntaje: 8), después de las cuales Moscú (?) y Seúl cierran la marcha con un puntaje de 7.

Viene a continuación la primera sección del grupo Gamma (con un puntaje de 6): Amsterdam, Boston, Dallas, Düsseldorf, Ginebra, Houston, Yakarta, Johannesburgo, Melbourne, Osaka, Praga, Santiago, Taipei y —por ironía del orden alfabético— Washington.⁷

El hecho de que, según esta lista, Washington aparezca como una ciudad *menos mundial* que Moscú —y el de que Rotterdam no esté clasificada entre las ciudades ya mundiales— no debe conducir a una conclusión apresurada, ya que nos topamos aquí no

⁷ El grupo Gamma comprende ulteriormente a Bangkok, Beijing, Montreal, Roma, Estocolmo y Varsovia, seguidas, un peldaño más abajo, por Atlanta, Barcelona, Berlín, Budapest, Buenos Aires, Copenhague, Hamburgo, Estambul, Kuala Lumpur, Manila, Miami, Minneapolis, Munich y Shanghai.

En cuanto a la multitud de ciudades que presentan sólo algunos indicios de mundialidad potencial, con un puntaje inferior a 4, su lista puede ser encontrada en el *Boletín* (página *citylist.html*) en la dirección indicada en la nota 1.



con defectos intrínsecos de la investigación, sino simplemente con sus límites propios. Esto se verá mejor cuando detallemos los beneficios de la investigación en cuestión antes de preguntarnos cómo podrían ser superados dichos límites.

Las ciudades de influencia mundial, identificadas por aquellos de sus servicios avanzados que han podido ser medidos hasta aquí, sólo figuran en uno de cada seis estados. Su densidad es más fuerte, evidentemente, en América del norte y en Europa que en otras partes, incluso más que en Asia del este o del sudeste, donde se despliegan varias de ellas, desde Tokio hasta Singapur. Su clasificación perfila una neta jerarquía, lo mismo que sus configuraciones regionales. Por ejemplo, la posición ocupada por Miami casi no debe nada al papel que desempeña esta ciudad en el subsistema norteamericano, sino que resulta de su preeminencia financiera con respecto a la América Latina. Y a la inversa, la exclusión de Rotterdam, principal puerto mundial y gran puerta de entrada del petróleo consumido en Europa, significa que esta ciudad eminentemente comercial es relativamente poco desarrollada en lo que respecta a los servicios a firmas que buscan desarrollarse mundialmente. En el *Boletín del GaWC* abundan los estudios detallados por ciudades y por subsistemas, junto con otros trabajos sobre la red mundial considerada en su totalidad.

La información así acumulada es de gran valor, y lo será cada vez más a medida que las investigaciones regularmente espaciadas permitan observar las transformaciones de la red de ciudades mundiales y del espacio variable que diseñan las empresas-clientes de sus servicios. Pero tales investigaciones chocarán con dificultades prácticas que sólo podrán superarse con hábiles precauciones metodológicas. En efecto, la muestra de las firmas sujetas a observación será perturbada necesariamente por la aparición de nuevas empresas, como también por la desaparición de compañías anteriormente tomadas en cuenta (por declinación, absorción por otro grupo o repartición entre varios grupos). Otro riesgo podría resultar de la desaparición de alguna de las cuatro ramas de actividad retenidas por el estudio de 1997-1998, por ejemplo, como consecuencia de una interpenetración creciente de las actividades de los bancos y de las compañías de seguros. A la inversa, se puede esperar que nuevas categorías de firmas con vocación mundial vengán a extender el campo del estudio hacia servicios que ayuden a la localización/deslocalización de las firmas (*marketing*, evaluación de los “riesgos políticos”, etc.) o que aborden con mayor conocimiento de causa las estrategias de las empresas multinacionales. Se trata de perturbaciones en la muestra que tendrán que ser identificadas y que desplazarán el interés —entre una encuesta y otra, y cualquiera que sea la periodicidad mantenida— de la pregunta: “¿Qué se está haciendo en materia de servicios mundiales y quiénes lo están haciendo?”, hacia esta otra: “¿Cómo evoluciona la geografía de su red mundial?”

Ya desde ahora parece claro que la red *mundial* de ciudades se asemeja a las redes *nacionales* estudiadas desde hace mucho tiempo: constituye una de las marcas esenciales de las múltiples transformaciones que afectan al espacio dentro del cual se despliega. A diferencia de los decenios anteriores en los que el movimiento económico de la mundialización se manifestaba como un contagio de estado a estado, y luego como una internacionalización que iba tocando una rama de la economía después de otra (por

ejemplo, las industrias químicas después de las de los automóviles, etc.), ésta se presenta ahora como el trabajo de firmas internacionales alimentadas particularmente por la red de ciudades mundiales, cuyas opciones son variadas y cambiantes, e incluso versátiles. Sería deseable todavía que la indagación desbordara los servicios avanzados para abarcar también las firmas así servidas, pese a la discreción tan apreciada en el campo de los negocios. En efecto, la exploración directa del *continente desconocido que constituyen las mismas firmas multinacionales* es un objetivo en vista del cual las investigaciones universitarias deberían buscar apoyo en la cooperación de los estados y de ciertas agencias internacionales como la CNUCED.⁸ Este vasto grupo de empresas móviles, ávidas de publicidad bursátil y comercial, celosas del secreto bancario y usuarias de paraísos (fiscales o de otras especies), constituye hoy el motor principal de la economía mundial, la máquina que difunde en todas partes el modo de producción capitalista. Es verdad que los servicios avanzados permiten aproximarse a estas firmas, pero sólo las captan parcialmente y de modo sesgado. Ellos no revelan nada de las operaciones interbancarias y de sus prolongaciones bursátiles gracias a las cuales el capital se expande o se repliega a voluntad de los grupos multinacionales y de acuerdo con sus perspectivas técnicas y mercantiles. Tampoco nos dicen nada de los criterios (mercantiles, salariales, fiscales, relativos a la seguridad, etc.) que determinan las preferencias geográficas de tales firmas. Y, finalmente, nada de la manera en que sus recursos, a la espera de inversiones en capital fijo, se mezclan con los capitales que flotan de un país a otro, según las fluctuaciones de las divisas y las políticas monetarias. Los servicios considerados componen el entorno jurídico, fiscal, comercial y financiero de las firmas multinacionales, pero no constituyen su esencia. Las ciudades donde estos servicios anudan sus cooperaciones no constituyen ciertamente un simple tejido conjuntivo que envolvería los órganos vitales del capitalismo; para este último son un valioso motor auxiliar, pero nada más. Y, como el ejemplo de Rotterdam lo ilustra, existen otras ciudades de importancia económica mundial donde el capital-mercancía fluye en grandes oleadas.

De modo más general, comprenderemos cada vez mejor la red generadora de flujos internacionales de capitales, de hombres y de empresas, en la medida en que nos acerquemos al corazón del capitalismo: las estrategias de las empresas multinacionales, incluidas las de los bancos que les sirven y las de las firmas más innovadoras o más rentables, cuyas superganancias provienen de productos de escasez creciente, como el petróleo o, mañana, el agua.

CIUDADES MUNDIALES Y SUBSISTEMAS MUNDIALES

Desde otro ángulo, el estudio de las ciudades mundiales resulta valiosísimo para aclarar ciertos intereses geopolíticos del mundo actual. Hace diez años esboqué la hipótesis

⁸ Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo.

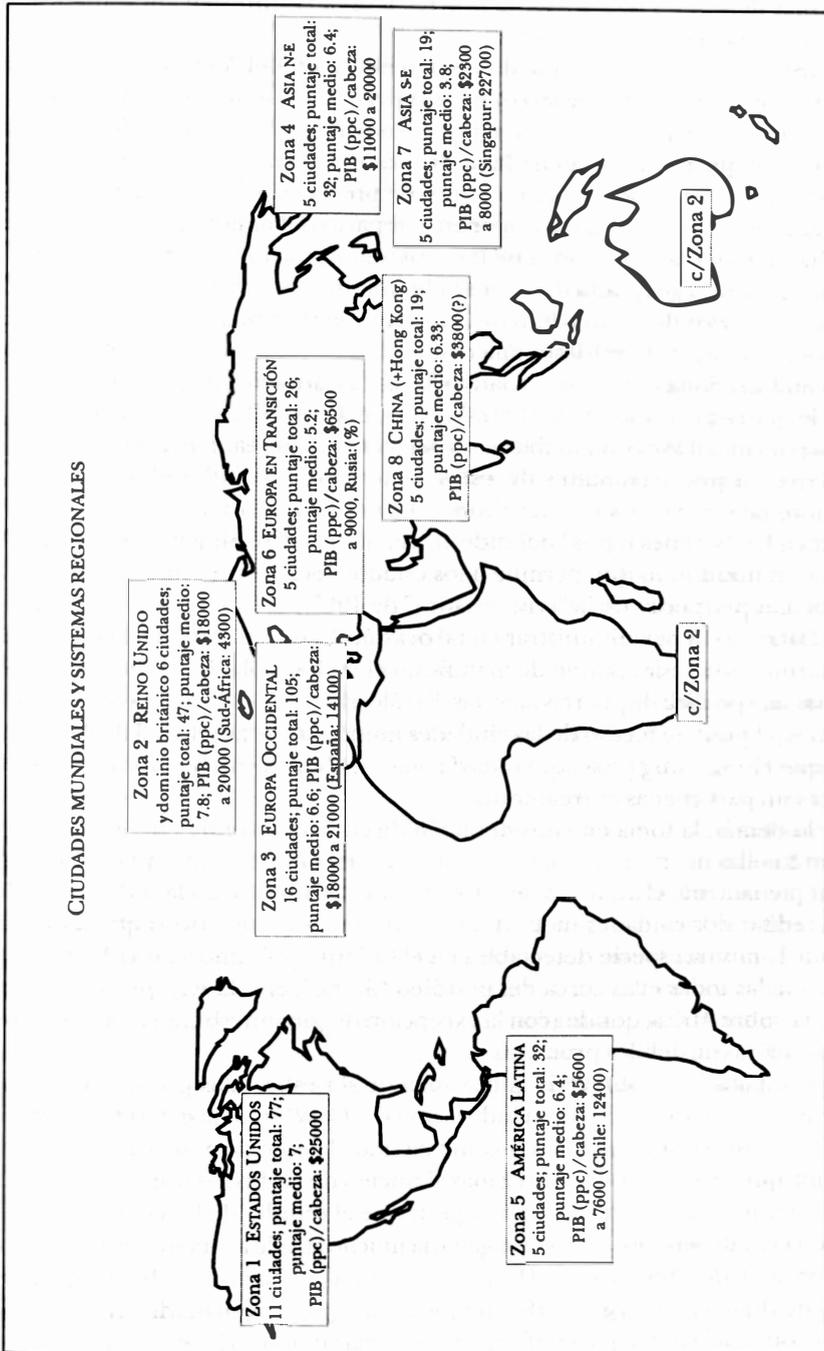
de que, a pesar de los rasgos comunes que le imprimen la superpotencia económica y militar de Estados Unidos, la sumisión de los demás estados a sus controles o a sus sanciones, la extraversion rápida de las firmas multinacionales frecuentemente de origen americano, europeo y japonés y la adaptación de las principales agencias internacionales a esta disimetría estructural, este mundo no podía ser representado por un esquema simplista según el cual un “centro” dominaría toda la “periferia” mundial, de tal modo que una “semiperiferia” fluctuante se encargaría de acoger todo lo que no cupiera dentro de esta dicotomía.⁹ De hecho, me parecía que el sistema mundial contemporáneo contenía, bajo su estructura mundial polarizada por el predominio norteamericano, al menos una docena de “subsistemas mundiales” —o, mejor, de sistemas “regionales”—, cada uno de los cuales se caracterizaría por un conjunto específico de equilibrios y de tensiones entre estados resultante del legado de civilizaciones muy diferentes a pesar de su común pátina “moderna”, y de un espacio geográfico muy desigualmente dotado de montañas, océanos, tierras fértiles y otros recursos naturales; todo ello diversamente valorizado durante siglos o milenios por equipamientos públicos —es decir, por el capital fijo enterrado en las ciudades, los caminos y el campo—, de modo que cada subsistema se concretice particularmente por un diferencial demográfico propio, por una herencia urbana de amenidad desigual y por una actividad ideológica (= cultural) de amplitud muy diversa.

Como la red de ciudades mundiales estudiada por el GaWC sólo recubre una parte del planeta, tuve que limitar la comparación sólo a algunas zonas y modificar un poco mis antiguas delimitaciones para tomar en cuenta los efectos manifiestos de un decenio suplementario de mundialización. La rectificación concierne esencialmente al Reino Unido que, como lo ha mostrado el estudio del GaWC, constituye una estación de enlace de los Estados Unidos hacia numerosos países, pero también la sede de numerosas empresas que operan en Gran Bretaña o en algunos de los ex dominios británicos (Australia, África del sur y Canadá). A esto se añade la pertenencia ambigua del Reino Unido a la Unión Europea. De aquí la constitución de una zona “británica” (zona 2).

Los datos reunidos en el mapa adjunto permiten examinar, zona por zona, el impacto de los servicios avanzados, es decir, la cantidad de ciudades mundiales que contienen y su puntaje global y medio por ciudad, a lo que se añade una evaluación del Producto Interno Bruto (PIB) por cabeza. Expresado en moneda corriente, este último constituye un instrumento muy imperfecto de comparación internacional. Pero oportunas correcciones estadísticas permiten medirlo (para el año de 1998) en moneda considerada en condiciones de paridad de poder de compra.¹⁰ Los datos utilizados para este fin son generalmente de calidad aceptable, con la excepción de los concernientes a China continental, cuyo aparato estadístico, mal equipado para evaluar el

⁹ Véase *Le monde au 21^e siècle*, Fayard, París.

¹⁰ La fórmula “en condiciones de paridad de poder de compra” (ppc) proviene del inglés: *PPP purchasing power parities*. Fuente: banco de datos CHELEM del CEPPI (Centro de Estudios de Prospectivas y de Informaciones Internacionales).



PIB, es más deficiente todavía en lo que respecta a la información sobre los precios requerida para el cálculo de los *ppc*.

Las zonas (de la 1 a la 4), que dependen más bien del “centro”, poseen puntajes bastante homogéneos, lo mismo que —un peldaño más abajo— las zonas donde la dominación norteamericana (zona 5) o europea-occidental (zona 6) es manifiesta, aunque en lo que respecta a esta última, los datos son inciertos debido al colapso ruso de 1998. En efecto, luego de algunos años de presencia masiva en esta zona de servicios avanzados que venían a participar en el reparto del pastel ruso, el colapso ha frustrado hasta ahora las esperanzas de las firmas multinacionales. Fuera de estas zonas bien tipificadas, la geografía de las ciudades mundiales revela que su impulso de crecimiento está lejos de ser una función directa de la riqueza local. Por el contrario, su distribución pone de manifiesto una contradicción profunda entre el empuje de las firmas multinacionales y la viscosidad de las sociedades donde penetran.

Por lo que respecta a los “viejos tigres” de Japón, Corea y Taiwán (zona 4), los puntajes medios por ciudad son comparables a los del “centro” norteamericano o europeo, pero conciernen a pocas ciudades de estas sociedades, consideradas desde siempre poco hospitalarias por los Estados Unidos. La situación es todavía más clara en lo que respecta a los “jóvenes tigres” del sudeste asiático, donde Singapur polariza muchos servicios avanzados, lo que permite a los estados vecinos prescindir de buena parte de ellos. Las peripecias de la “crisis asiática” de 1997 y la no aceptación de las purgas que el FMI creyó deber administrar en tal ocasión (particularmente a la rica Malasia y a la enorme Indonesia) ponen de manifiesto el rechazo obstinado por parte de estos países de una política de puertas abiertas. Es sólo aparente el contraste con China (zona 8), donde el puntaje medio de las ciudades mundiales se acerca al de América Latina, ya que Hong-Kong pesa aquí todavía más que Singapur en el sudeste. De hecho, China es un país apenas entreabierto.

Por lo demás, la toma en consideración de ciudades donde en 1997-1998 apenas existían huellas de mundialización (puntajes inferiores a 4) ni siquiera nos permite abarcar plenamente el inmenso desierto africano-asiático. Así, a la India sólo se le pueden acreditar dos ciudades modestamente promisorias, mientras que las cinco ciudades de la misma especie detectables en el Oriente próximo y en el Medio Oriente están situadas todas ellas cerca del petróleo “árabe”, con la excepción de Teherán. Queda la pobre África, donde (con la excepción de Johannesburgo) sólo dos ciudades son portadoras de débiles promesas.

Las comparaciones sumarias que acaban de ser esbozadas podrán ser considerablemente enriquecidas cuando la indagación del GaWC pueda extenderse a varios periodos sucesivos y quizás también —como ha sido el deseo de muchos— a una muestra ampliada que se aproxime cada vez más al núcleo de las firmas multinacionales. Pero son suficientes, en mi opinión, para sugerir que el estudio de las ciudades mundiales como una red de servicios avanzados ganaría mucho si se le acoplara a un contraestudio de las viscosidades “regionales”. Dicho de otro modo, el maridaje de una geografía de redes y de flujos con una geografía siempre atenta a las capacidades propias de los estados, y con una historia que confiera a sus entrelazamientos la profundidad de campo

que las inercias culturales pueden tornar visible, permitiría, como lo espero, ahorrar a la geografía las guerras teológicas entre partidarios de lo internacional como interestatal y los nuevos apóstoles de lo transnacional irrigado por flujos sin fronteras. Sólo entonces se daría una nueva oportunidad a esa “problemática común a todas las ciencias sociales” auspiciada por Braudel hace ya casi medio siglo.

Como acabamos de ver, el sistema mundial pierde su aspecto elefantiásico cuando la capilaridad que en él establece la red de ciudades mundiales se torna clara, sobrentendiéndose que esta red-de-servicios-avanzados no es en sí misma más que un prototipo que puede enriquecerse por el estudio de otras vascularizaciones estatales, militares, bursátiles, informáticas, informacionales, asociativas (a la manera de las ONG) y de otras muchas “redes” todavía. En otras palabras: cuando el sistema mundial comienza a perder la rigidez economicista que probablemente le ha conferido Braudel al sobrestimar la “economía-mundo” (o *Weltwirtschaft*), por lo demás tan bien analizada por él. Cuando vemos que Moscú supera a Washington entre las ciudades mundiales, evidentemente es porque la implosión del socialismo estatista ha dirigido hacia Moscú una horda de servicios avanzados, pero también porque Washington, ciudad mundial por excelencia en el orden político-militar, es sólo un catalizador de *lobbies* en el orden económico. Esta observación es generalizable. El hecho de que las transformaciones estructurales de la economía parezcan ser la característica principal del sistema mundial actual no significa en modo alguno que la formación de un mercado plenamente mundial sea la *ultima ratio* de nuestra historia, ni tampoco el resorte principal de las peripecias y de los movimientos de mediano o largo plazo que van a escandirla en el curso de los próximos decenios. Nada nos garantiza que las ciudades *políticas* mundiales —incluidas las enormes bases militares diseminadas sobre el globo— no tendrán mayor peso en el futuro. Y nada nos garantiza que el centro de gravedad de las mutaciones presentes no deba ser buscado más bien del lado de las ciudades *ideológicas* mundiales, sean éstas mercantiles —como los centros de producción cinematográfica o televisiva, de Hollywood a Atlanta y de El Cairo a Bombay y Hong-Kong—, o religiosas —como todos los Jerusalén hoy antagonistas o en disputa—, a menos que sean educativas o de alguna otra clase; todo ello en un mundo para el cual Huntington ha profetizado un “*clash* de las civilizaciones”,¹¹ pero donde una observación menos simplista nos permite prever, en todo caso, que el oleaje del mercado mundial va a toparse cada vez con mayores resistencias, o más aún, va a tener que afrontar contraofensivas político-culturales, como lo demuestra la desigual viscosidad de las zonas examinadas más arriba. Una elemental prudencia metodológica nos aconseja prestar igual atención a lo económico, a lo político y a lo ideológico (o cultural).

¹¹ Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, Simon & Schuster, Nueva York, 1997.

¿CIUDADES HEGEMÓNICAS?

Ciertamente Taylor está convencido de la necesidad de este procedimiento trifuncional, sobre todo si tomamos en cuenta su obra magistral sobre *The Way the Modern World Works*¹² (o sea, *Cómo funciona el mundo moderno*). En efecto, en esta obra él enriquece los puntos de vista de Braudel sobre los sistemas mundiales sucesivamente centrados sobre Amsterdam, Londres y Nueva York. Nuestro autor elabora un panorama general de la actividad económica, de la acción política y del movimiento cultural de cada una de estas ciudades, así como también de los países que pilotan y de las regiones del mundo bajo su influencia, sin que ningún determinismo *a priori* privilegie alguno de estos tres niveles de análisis. Para que el lector pueda comprobarlo a partir de un aspecto muy importante, me limitaré a señalar la manera en que nuestro autor aborda el movimiento cultural (o ideológico) de estas tres sociedades hegemónicas.

Taylor presta gran atención a las repercusiones ideológicas de los éxitos económicos de estas *can-do societies in a no can-do world*, es decir, de estas sociedades de alto desempeño en relación con su mundo todavía desmañado. De modo semejante, no desatiende ninguno de los ecos culturales provocados por los éxitos políticos de estas mismas sociedades, como la maduración de un derecho internacional que se desplaza del *jus gentium* promovido por el holandés Grotius a la libertad de navegación impuesta por la Inglaterra imperial hasta su desarrollo multiforme cuando las políticas elaboradas bajo la supremacía de Estados Unidos comienzan a apoyarse en los tratados internacionales más que en el *big stick* que ellos saben también manejar. Tratándose de estructuras y de actividades ideológicas, Taylor se interesa ciertamente en el funcionamiento de los aparatos ideológicos especializados,¹³ pero más todavía en los amplios movimientos que se manifiestan en las profundidades de la cultura popular, es decir, en la vida cotidiana de todo el mundo —o, al menos, de una amplia minoría que es la que finalmente impulsa a la sociedad entera. Así, por ejemplo, nuestro autor subraya la coexistencia más bien pacífica entre las confesiones que las Provincias-Unidas dejan florecer en su seno, lo que contrasta con las guerras de religión que devastan Francia y más todavía Alemania. Mientras la teología se inclina de este modo ante el comercio, la compañía muy de cerca el florecimiento del modo de vida y del hábitat burgués y urbano de los comerciantes, junto con los gustos nuevos que se afirman en su cotidianidad, todo lo cual se expresa en pinturas que reflejan escenas de la vida ordinaria convertidas en obras de arte en sustitución de las alegorías mitológicas o religiosas de antes. Las estampas impresas a partir de estas pinturas se difunden muy pronto en los hábitats más populares.

En la etapa siguiente —la de la preeminencia inglesa—, Taylor examina cuidadosamente la revolución industrial, el rechazo a anexar territorios de otros países en Europa misma, la preferencia por el control indirecto de países donde el protectorado

¹² Peter J. Taylor, *The Way the Modern World Works – World Hegemony to World Impasse*, Wiley, Chichester y Nueva York, 1996.

¹³ Iglesias, escuelas, medios de comunicación y todas las demás instituciones productoras de alta —o baja— cultura.

inglés viene a relevar a otros colonizadores europeos y la edificación de un imperio macizo limitado a las Indias. Del mismo modo, examina la difusión de instituciones políticas inglesas en los lugares donde la emigración británica es abundante. Pero Taylor se interesa también en las transformaciones culturales que agitan a la Gran Bretaña y que se desbordan en mayor o menor medida hacia el mundo entero. Londres se convierte en asilo de los refugiados políticos de todos los países, mientras que las universidades inglesas abren sus puertas a las élites de todos los continentes. La novela inglesa hace escuela en todas partes. El modo de vida confortable de los burgueses británicos, con su cortejo de clubes, círculos y logias, es envidiado e imitado en todas partes. Y, finalmente, la europeización que se difunde por el mundo entero comporta las más de las veces modelos económicos y culturales ingleses.

Cuando el predominio de Estados Unidos se torna evidente después de 1945, Taylor lo analiza a su vez como un trastocamiento de intereses, valores y modos de vida impulsado desde el centro norteamericano. Todas las características de esta americanización del sistema mundial —muy bien detalladas por Taylor— en materia industrial, bancaria, política y cultural son tan conocidas que me parece inútil insistir en ellas, salvo para señalar la atención extrema que consagra a las observaciones formuladas por Gramsci desde antes de la década de 1930¹⁴ en lo relativo al desarrollo simultáneo de los ingresos y del consumo (el “fordismo”), a la maduración de una nueva cultura popular (literatura, radio y cine, este último prolongado más tarde por la televisión) y a la difusión de nuevos modos de vida cuyos pilares son el automóvil, el hábitat confortable y el supermercado, todo ello en detrimento de las ciudades.

Los términos “primado”, “preponderancia” y otras preeminencias que acabo de evocar no son ajenos al vocabulario de Taylor, pero cuando se trata de explicitar estas manifestaciones con un concepto preciso, nuestro autor recurre a la hegemonía en el sentido riguroso que le ha conferido Gramsci. En efecto, Taylor ha comprendido perfectamente el procedimiento de este último, por el cual supera a Braudel en lo relativo a los aspectos del sistema mundial de los que no puede dar cuenta plenamente ni el concepto de economía-mundo ni el análisis clásico de las relaciones internacionales. Gramsci toma en consideración los aparatos especializados de toda especie, pero presta mayor atención todavía a la cultura comúnmente difundida en la sociedad; de aquí sus frecuentes referencias al hábitat, a la ciudad y a los modos de vida refinados u ordinarios, en una palabra, a la cotidianidad. En efecto, se requiere fincar las raíces en este *humus* de la vida social para que las innovaciones pierdan su carácter de rareza y se conviertan en una banalidad perdurable.

Taylor sitúa en pie de igualdad las grandes innovaciones de tres ciudades (y sociedades) hegemónicas por él estudiadas, así como las transformaciones masivas de los niveles y modos de vida, ya que la hegemonía se manifiesta a través de todos estos canales. Cada sociedad hegemónica dentro de un sistema mundial muestra el camino que debe seguirse tanto en el orden técnico-económico como en la orientación político-cultural de los negocios mundiales. Expresa sus intereses particulares bajo un modo

¹⁴ Véanse sus *Cuadernos de la prisión* (publicados después de 1945).

universal, convirtiéndolos en principios generales y en modelos que se ofrecen a todos los demás países. Difunde nuevas necesidades y nuevos consumos que ejemplifican —por un tiempo— la nueva modernidad. Al prefigurar el futuro reservado al sistema mundial, hace aparecer como natural su preeminencia efectiva en el orden mercantil, diplomático y —un poco más difícilmente— en el ámbito de las ideas.

Como se puede ver, Taylor internacionaliza plenamente la teoría gramsciana. Gramsci, quien vivía en una Italia apenas unificada medio siglo antes y se preocupaba más por edificar una Internacional que por ver madurar a la nación italiana, tenía como primer propósito comprender el éxito del fascismo y los fracasos del socialismo y del joven comunismo en Italia. Por eso, la hegemonía ideológica (o cultural) aparece frecuentemente en su obra haciendo pareja con la dominación política: la dominación constriñe a las clases sociales, mientras que la hegemonía las convence. En otras palabras: una sociedad conserva su cohesión, pese a las transformaciones que la agitan, por el efecto simultáneo de la constricción estatal y el consentimiento de la población al orden establecido. Este consentimiento, que se nutre a través de medios ideológicos cuyo sedimento es la cultura común, se explica mucho más en el caso italiano por los “sólidos bastiones de la sociedad civil” —incluida la Iglesia omnipresente— que por el Estado, que en nuestro caso era un Estado débil aparejado a una nación nueva que pugnaba por aglutinar regiones anteriormente independientes durante siglos.

Una vez desplazado el centro de gravedad de la reflexión hacia el sistema mundial, Taylor nos ayuda a comprender cómo la preponderancia de una sociedad hegemónica, aunque sostenida también por sus capacidades económicas y militares, posee otro resorte que se vuelve decisivo en el transcurso del tiempo: el respeto y la envidia que suscitan sus grandes logros. A escala del sistema mundial, el consentimiento al orden internacional establecido se asocia con la preponderancia multiforme de la potencia principal y con la modernidad que se despliega ejemplarmente en sus ciudades y regiones más importantes. En suma, las sociedades hegemónicas son las fuentes de la modernidad mientras dura el sistema mundial que les corresponde.

Aún falta interrogarse sobre la naturaleza y la duración de esta modernidad que habría servido para definir el sistema mundial llamado moderno y cuyo despliegue, ya esbozado por Europa “a todo lo largo del siglo XVI”, habría continuado hasta abrazar a todo el planeta a finales de nuestro siglo XX. Taylor es consciente de este problema. Tres años después de *The Way the Modern World Works* —donde el término todavía está en singular, siguiendo la ortodoxia dominante—, publica su libro *Modernities*, donde ya emplea el término en plural, lo que ciertamente se acomoda mejor a la *Geohistorical interpretation*¹⁵ que pretende aplicar esta obra. La lectura del libro resulta estimulante para quienes dudan de la unidad de los “tiempos modernos”, porque en él Taylor se bate como una fiera para remplazar “la” modernidad, escollo insalvable para muchas sociologías de contornos histórico-geográficos indefinidos, por una concepción de la modernización social que permita al historiador y al geógrafo recuperar sus coordenadas.

¹⁵ Peter J. Taylor, *Modernities – A Geohistorical Interpretation*, Polity Press, Cambridge, 1999.

En resumen, su modo de proceder lo lleva a distinguir varias modernidades y a explorar sus relaciones con las sucesivas hegemonías que había detallado anteriormente siguiendo los señalamientos braudelianos. Al término de esta investigación, cuyas etapas no me propongo discutir aquí, me parece que Taylor se acerca a una conclusión que él no destaca explícitamente, pero que yo voy a evocar en mis propios términos procurando no traicionarlo. Esta conclusión es la de que la modernidad, e incluso la modernización, que son términos consagrados por el uso académico en Europa occidental, sólo son comodidades de lenguaje que permiten aludir a una serie de procesos sociales, de repercusiones múltiples, cuando se quiere pasar por alto los detalles o también borrar algunos de sus aspectos, como el capitalismo o el imperialismo. En efecto, los principales procesos (complejos, sinuosos y de repercusiones múltiples) subsumidos por la modernidad son, entre otros, la formación de los estados democrático-burgueses, la prolongada revolución industrial, que brinca de una innovación tecnológica a otra, y la revolución cultural que brota de la misma a medida que la prensa, la escuela pública y la expansión de los medios de comunicación van exhibiendo sus efectos. Se trata de tres enormes procesos (uno político, otro económico, y el último cultural) cuyos múltiples afluentes entrecruzan incesantemente sus corrientes en un área geográfica inicialmente ampliada por las colonizaciones, posteriormente reducida por las revoluciones rusa y china, nuevamente ampliada por las descolonizaciones y vuelta planetaria por la implosión del socialismo estatista.

Si tal es el caso, las investigaciones de las ciencias sociales, liberadas de toda referencia a “una” modernidad perenne y esencialista, pueden calificar cualquier realidad macrosociológica (*v.g.* un sistema mundial, un periodo histórico, un espacio territorial, etc.) según sus rasgos propios y sus virtudes intrínsecas. Es lo que ocurrirá, por ejemplo, con las ciudades, por más de que hayan sido durante un tiempo centros hegemónicos: llamarlas “modernas” sólo puede tener un alcance comparativo tanto en el espacio como en el tiempo.

De los trabajos de Taylor sobre los sistemas mundiales; las modernizaciones y las ciudades mundiales puede desprenderse una lección importante: la de que una investigación se torna teóricamente fecunda cuando toma a su cargo hechos bien calibrados (como la geografía de los “servicios avanzados” aplicada a las redes urbanas) a los que deberán plegarse los conceptos más generales hasta que otras investigaciones todavía mejor fundadas vengan a ampliar o a flexibilizar su alcance. Si las investigaciones del GaWC dirigidas por Taylor y sus colaboradores pueden ampliarse según las pistas que he podido sugerir, pero también según muchas otras vías que seguramente han escapado a mi percepción, no cabe duda de que la interpretación geohistórica (como dice Taylor) de los fenómenos que yo he preferido llamar “macrosociológicos”¹⁶ ganará en robustez teórica y, por lo mismo, en utilidad práctica.

Traducción: Gilberto Giménez

¹⁶ Esta denominación se justifica a partir de diversos trabajos que pueden consultarse en www.macrosociologie.com.